

MIRANDO PASAR LOS TRENES

de **Daniel Dimeco**

Personajes:

OFELIA TAKEDA / 60 años, fotógrafa

ANNA HARPER / 18 años, hija de Ofelia

RODRIGO JIMÉNEZ / 23 años, dueño del bar de la estación de un pueblo

La acción transcurre en una estación-apeadero de trenes de un pueblo.

Un banco, el bar de Rodrigo, un árbol y una ventana que da al pueblo.

(Fragmento de la obra)

Ofelia entra con la cámara de fotos en la mano y Rodrigo con la escopeta colgando del hombro.

OFELIA.- ¡Cómo gritaban esos animales! Son capaces de lo que sea con tal de comerse hasta el pico del pajarraco. Hemos hecho un buen trabajo.

RODRIGO.- Aquí eso se ve todos los días.

OFELIA.- Entre tú y yo, en Nueva York también. Me voy a sentar. Es horrible cuando los hombres se vuelven insensibles. Aunque entiendo que tengan que sostenerse en pie frente a tanto espanto. La vida es cada vez más difícil y pareciera que hay que matar para sobrevivir. Paradójico, ¿no te parece?

Abriendo la cámara de fotos y cambiando el carrete.

Ruego a Dios que hayan salido todas bien. Tengo un contrato firmado con una fundación de Londres para exhibirlas. Quieren alrededor de cincuenta obras, así que tendré que disparar un montón para conseguir las que merecen la pena. ¿Qué piensas?

RODRIGO.- No entiendo de eso.

OFELIA.- Lo mejor será no perder más el tiempo y que me ponga manos a la obra.

RODRIGO.- Lo mejor es que cojan el siguiente tren.

OFELIA.- Antes debo trabajar. ¿Adónde podemos ir ahora?

RODRIGO.- ¿Ir?

OFELIA.- Sí. ¿Dónde han ocurrido cosas en las últimas horas que merezcan ser

fotografiadas por mí?

RODRIGO.- ¿En este pueblo?

OFELIA.- Sí.

RODRIGO.- ¿Cosas de las buenas o de las malas?

OFELIA.- Prefiero de las malas, como tú les llamas. Son más vendibles.

RODRIGO.- De las malas ocurren todo el tiempo...

OFELIA.- Dime dónde y guíame hasta allí.

RODRIGO.- Eh...

OFELIA.- ¿Tú tienes familia peleando en esta guerra?

Silencio.

¿Me oyes?

RODRIGO.- ¿Familia?

OFELIA.- Sí. Familia es una institución compuesta por padre, madre, hijo o hija, o ambos, pocos o muchos de ellos, abuelos, tíos, primos, cuñadas, padrastros, ex-maridos, amantes...

RODRIGO.- No tengo familia.

OFELIA.- ¡Qué pena! ¿Cuál es tu apellido?

RODRIGO.- Jiménez.

OFELIA.- No me dice nada ese apellido. ¿Tus antepasados vivían aquí hace cincuenta años?

RODRIGO.- Sí. ¿Pero por qué debería decirle algo el nombre de mi familia? Usted no es de este lugar y, además, el mío es un apellido común.

OFELIA.- Tienes razón. ¿Sabes qué? He pensado que tu imagen puede ocupar la portada de mi catálogo.

RODRIGO.- ¿Qué es un catálogo?

OFELIA.- Un libro que editaré con todas estas fotografías...

RODRIGO.- ¿Yo tengo que estar en ese libro?

OFELIA.- ¿No te hace ilusión?

RODRIGO.- Ninguna.

OFELIA.- Estoy segura de que cambiarás de parecer en nada. Mira, ten en cuenta que, en poco tiempo, tu cara será conocida por toda la sociedad inglesa y norteamericana. ¡Te vendrán a ver otros fotógrafos, periodistas y televisiones del mundo entero! ¡Imagínate lo que va a cambiar tu vida a partir de mi exhibición! *(Tantea con la mano hasta coger un brazo de Rodrigo)*. Hijo, yo, una Takeda, seré a ti lo que un Takeda, mi segundo marido muerto, fue para mí: ¡El éxito!

Una salva de disparos de metralla. Rodrigo corre a la ventana que da al pueblo.

OFELIA.- ¿Qué ves? Hazme un favor, ve hasta donde ocurrido los disparos.

RODRIGO.- Ni loco. Se trata de un pelotón de fusilamiento.

OFELIA.- ¿De verdad? ¿Dónde es eso?

RODRIGO.- En el patio del hospital.

OFELIA.- Tenemos que ir ahora mismo...

RODRIGO.- Nadie puede acercarse allí, señora. Es una locura... Es muy peligroso.

OFELIA.- Fotos de fusilamientos... Como las pinturas de Goya, pero modernizadas...

RODRIGO.- No pienso ir.

OFELIA.- ¡Egoísta! Al menos indícame cómo llegar que iré sola.

RODRIGO.- Salga por la misma puerta por donde acabamos de entrar y las metralas la guiarán hasta el lugar...

OFELIA.- Eres muy cruel.

Ofelia camina hasta la puerta.

¿No me acompañas?

Silencio.

¡Infeliz! ¡Eres un pobre diablo! ¡Anna! ¡Despierta! Tenemos que trabajar, niña tonta.

ANNA.- Quiero dormir.

OFELIA.- Sólo mi hija es capaz de dormir con estos ruidos. Haz memoria, jovencito...

¿Cómo te llamas? Siempre me olvido de tu nombre... Bueno, da igual. Trata de recordar alguna familia que en este instante esté llorando a sus muertos o cubriendo los agujeros que las balas han dejado en los muros de sus casas... A alguien ahora mismo le tiene que estar ocurriendo algo, ¿no? Tiene que haber algún familiar de alguien entre los que acaban de matar... A un padre, a un hermano, a un hijo...

RODRIGO.- Aquí no velamos a nadie, no tenemos tiempo.

OFELIA.- Espera, no te vayas. ¿Sabes que si me ayudas a hacer las fotos podría pagarte muy bien y ese dinero ayudarías a los tuyos?

RODRIGO.- Gano lo que necesito.

OFELIA.- Tienes un humor algo raro. Te pasas las horas en esta estación de trenes y de momento nadie se ha dignado a sentarse en tu bar. Nadie que no sea mi hija, claro. Por cierto, está un poco triste, deberías alegrarla.

RODRIGO.- Lo mejor es que se divierta lejos de este pueblo. Salgan en el próximo tren.

OFELIA.- No te preocupes, mi hija nació así, triste, desgraciadamente salió con los genes de su padre. Yo me refería a que la barra de tu bar tiene un aspecto tristón. Si le pones colores te quedará muy bien, ya lo verás.

RODRIGO.- No entiendo.

OFELIA.- ¿Qué es lo que te cuesta entender?

RODRIGO.- Cuándo usted es ciega y cuando puede ver.

OFELIA.- Veo lo que me conviene, jovencito. También ponle botellas al bar. Por cierto, aún no me he bebido el whisky que te pedí. Llevo mucho rato esperándolo y que te conste que te lo he pagado.

RODRIGO.- Iré a por él.

OFELIA.- No me engañes. No irás y te quedarás con mi dinero...

Rodrigo, cogiendo la escopeta, intenta marcharse.

OFELIA.- Abandona de una vez ese jueguito de hacerte el ofendido y siéntate a mi lado. Conversemos.

Rodrigo deja la escopeta apoyada en el banco.

RODRIGO.- ¿Sobre qué?

OFELIA.- Atraigo a los hombres, ¿sabes? Todos han hecho lo que yo he deseado. Eso sí, jamás los he defraudado. A ti tampoco pienso decepcionarte.

Acariciándolo.

Dime, ¿qué es lo que acabas de dejar junto al banco?

RODRIGO.- Nada.

OFELIA.- Vale, hagamos como que te creo. ¿Qué haces todo el día en esta estación?

RODRIGO.- Miro.

OFELIA.- ¿Miras? ¿Qué miras?

RODRIGO.- Pasar los trenes.

OFELIA.- Muy interesante. Supongo que, para entretenerte, también los cuentas.

RODRIGO.- A veces.

OFELIA.- Tu estilo de vida me agobia un poco. Es muy aburrido...

RODRIGO.- Es mi vida.

OFELIA.- Ahora recuerdo que me fui del pueblo porque necesitaba triunfar. Se me hinchaba el pecho cada vez que oía a la gente famosa por la radio o cuando mi madre compraba las fotonovelas y me describía a los artistas que salían en ellas.
¿No aspiras a algo más que a regentar un triste bar al que nadie entra?

RODRIGO.- Aquí no es fácil. La guerra lo hace todo muy difícil.

OFELIA.- Lo sé. Tú mismo me dijiste que aquella chica ciega una vez se fue y que jamás volvió.

RODRIGO.- Se trata de una leyenda del pueblo.

OFELIA.- En ningún lugar del mundo las cosas son fáciles. Tienes que pelear por algo, ponerte objetivos que alcanzar y trabajar duro hasta lograrlos.

RODRIGO.- Peleamos día y noche desde hace tiempo.

OFELIA.- ¿Me acompañas hasta la alcaldía? Quiero hacer unas fotos allí.

RODRIGO.- La alcaldía está lejos de aquí.

OFELIA.- No tanto.

RODRIGO.- (*Levantándose y cogiendo la escopeta*). ¿Usted sabe dónde está?

OFELIA.- No, pero me han contado que queda cerca de la estación.

RODRIGO.- Tiene que coger el tren que pasará en unos minutos.

OFELIA.- Sí, pero antes necesito ver a Dos Mares. Él quedó en que me vendría a buscar.
Una vez que hable con él y le venda esas fotos que tengo en la maleta... A propósito, ¿qué sabes de él?

RODRIGO.- Está muy cansada.

OFELIA.- No, estoy muy bien.

RODRIGO.- Lo digo por su hija. Sigue durmiendo sentada.

OFELIA.- Ella es así. Duerme en cualquier sitio, es como esos perritos finos y bien peinados que tienen mis amigos. Es demasiado sensible, no es guerrera. Todo la asusta. Y por si tuviera poco sueña con utopías. Su padre era igual, un ser imbécil que creía en cuanta causa de pobres o ausentes intentaban meterle por las retinas o las orejas. Nunca llegó a nada. Cuando le conocí yo era muy joven y por un tiempo creí en su ilusión por los mundos de colores... Los colores no existen para mí. Él creía que estos pájaros que hoy han caído, por ejemplo, podrían volar toda la vida si uno les ayuda...

RODRIGO.- Toda la vida no, pero quizás sí un tiempo más del que viven ahora mismo.

OFELIA.- Qué joven y provinciano eres... Siempre se me va tu nombre de la cabeza... No me respondes cada vez que te pregunto por Dos Mares.

RODRIGO.- ¿Tiene hambre?

OFELIA.- No, gracias. Necesito que me ayudes a hacer más fotos. El tiempo ha volado y no ha vuelto a pasar ningún tren. ¿No habrá pasado cuando fuimos a entregarle el pájaro al gato, verdad?

RODRIGO.- No. A la vuelta habríamos encontrado otro cadáver sobre el andén.

Ofelia, poniéndose de pie, se acerca a las vías.

OFELIA.- No se escucha nada. Ni las cabras balan ya en este pueblo.

RODRIGO.- ¿Por qué tiene un apellido tan extraño, señora?

OFELIA.- ¿Takeda? Era el de mi segundo marido, un japonés bastante degenerado, pero fue mi creador. Sin su dinero y sin sus relaciones hoy no podría exponer en el Rockefeller Center, ni venderlas, no hablarían o escribirían sobre mí y sobre las cosas que he fotografiado y que mis ojos jamás han visto, ni verán. Ofelia

Takeda... Por eso, hace un rato, te dije que yo sería tu Takeda, la de tu suerte, si te avienes a posar ante mi cámara. ¿Te suena bien Takeda?

RODRIGO.- No lo sé.

OFELIA.- No lo sé. Esa es la muletilla fácil con la que evitas comprometerte dando respuestas que podrían costarte demasiado caro. ¿No es así?

RODRIGO.- No lo sé.

OFELIA.- ¡Deja ya de decirme que no lo sabes! A tu edad, por muy imbécil que se sea, algo se sabe. No sabes nada del hombre más poderoso del pueblo, no sabes donde hay gente muriendo para fotografiarla, no sabes si mi apellido suena bien o mal, no sabes si quieres ser portada de mi libro... ¿Qué mierda sabes, jovencito?

Ofelia zamarrea a Rodrigo y éste, mirándola, lleva la mano a la culata de la escopeta.

¡Respóndeme! Yo he venido a trabajar a este sucio lugar y me encuentro contigo al tiempo que caen pájaros, los trenes pasan y no recogen a nadie, los gatos maúllan despavoridos ante un bicho flaco lleno de plumas...